

cal Soult en Königsberg, mandando preparar en Vehlau un campo atrincherado para concentrarse en él con todo su ejército en caso necesario, dando órdenes en Dantzig y Königsberg para sacar parte de las inmensas provisiones que había en aquellas plazas, y trasladarlas al Niemen, y por último, disponiendo que el general Clarke que se hallaba en Berlin, y el mariscal Kellermann en Maguncia, continuasen dirigiendo los regimientos de marcha hácia el Vístula, lo mismo que si no se hubiese interrumpido la guerra. De las diferentes medidas que tomó para aumentar sus fuerzas en la primavera, solo suspendió una, cual fué el llamar á las armas á la conscripcion de 1808, pues quiso que unida esta noticia á la de sus triunfos, se alegrase Francia doblemente, aplaudiendo sus victorias.

Preparado Napoleon de aquel modo respetable, esperó á que se diese principio á las negociaciones, nosin invitar á Mr. de Talleyrand, que habia ido á buscar en Dantzig un poco de seguridad y reposo, á que fuese inmediatamente á Tilsit, para ayudarle con su astucia y su paciente habilidad. Luego, segun lo tenia de costumbre, dirigió á su ejército una proclama en que resaltaba al mismo tiempo que la grandeza de su alma, la magnitud de las circunstancias. Dicha proclama decia así.

«Soldados,

«El día 5 de junio nos atacó el ejército ruso en nuestros cantones, creyendo que nuestra inacción nacía de otras causas; pero aunque demasia-

do tarde ha conocido que nuestro reposo era como el del leon, y se arrepiente de haberlo turbado.

«En los combates de Guttstadt y Heilsberga, en el siempre memorable de Friedland, en 10 dias de campaña, en fin, hemos cogido ciento veinte piezas de artilleria, siete banderas, muerto, herido ó hecho prisioneros á sesenta mil rusos, y arrebatado al egército enemigo todas sus provisiones, hospitales, asilos de enfermos, como los de la sangre, la plaza de Königsberg, trescientas embarcaciones que habia en este puerto, cargadas de toda clase de municiones, y ciento sesenta mil fusiles que enviaba Inglaterra para que nuestros enemigos se armasen.

«De las orillas del Vístula hemos llegado á las del Niemen ligeros como una águila, y así como celebrásteis en Austerlitz el aniversario de mi coronacion, este año habeis celebrado de un modo digno el de la batalla de Marengo, que puso fin á la guerra de la segunda coalicion.

«Franceses, os habeis mostrado dignos de vosotros mismos y de mí que os mando: ahora regresareis á Francia cubiertos de laureles y despues de haber conseguido una paz gloriosa que lleve consigo la garantia de su duracion, porque ya es tiempo de que nuestra patria viva tranquila al abrigo de la maligna influencia de Inglaterra. Los beneficios que pienso hacer por vosotros os probará cuanta es mi gratitud, y hasta donde se estiende el cariño que os profeso.

«En el campamento imperial de Tilsit á 22 de junio de 1807.»

Los dos soberanos vencidos tenian aun mas prisa que Napoleon por dar principio á las nego-

ciaciones, y así el príncipe de Labanoff, que era uno de los rusos que con mas sinceridad deseaban que se cortasen las diferencias que dividian á Francia y Rusia, volvió el 24 á Tilsit para pedir una audiencia á Napoleon. Este se la concedió inmediatamente, y aquel señor ruso le manifestó el deseo que animaba á su soberano de poner término á la guerra, el profundo disgusto con que miraba la alianza inglesa, y lo impaciente que estaba por ver al hombre grande del siglo, y esplicarse con él de un modo franco y cordial. Como lo que deseaba Napoleon era encontrarse con aquel jóven soberano, de quien tanto habia oido hablar, y cuyo talento, gracia y seduccion, que se elogiaba muchísimo, le causaban mucha curiosidad, y poco temor porque estaba mas seguro de seducir que de que le sedujeran á él, cuando se ponía en relaciones con los hombres, aceptó la entrevista, disponiendo se verificase para el dia siguiente 25 de junio.

Queriendo que reinase cierto aparato en la primera entrevista de los dos príncipes mas poderosos de la tierra, que iban á avistarse para terminar una sangrienta lucha, mandó al general de artillería Lariboisiere colocase una gran balsa en medio del rio Niemen, á igual distancia y á la vista de las dos orillas del rio. Con todas las telas mas ricas que pudo reunirse en Tilsit, poblacion de escasa importancia, se construyó un pabellon á un lado de la balsa, para recibir á los dos monarcas, y el 25, á la una del dia, se embarcó Napoleon acompañado del gran duque de Berg, el príncipe de Neuchattel, los mariscales Bessieres y Duroc, y el gran escudero Caulaincourt. En

aquel mismo instante dejaba la otra orilla Alejandro, acompañado del gran duque Constantino, los generales Benningsen y Ouwarow, el príncipe de Labanoff, y el conde de Lievén. Las dos embarcaciones llegaron á un mismo tiempo á la balsa colocada en medio del rio, y lo primero que hicieron Napoleon y Alejandro al acercarse el uno al otro, fué darse un abrazo. Aquel testimonio de una reconciliacion franca fué visto por los numerosos espectadores que llenaban las orillas, porque el Niemen no tiene en aquel sitio mas anchura que el Sena, y escitó grandes aplausos. Efectivamente, los dos ejércitos estaban formados á lo largo del rio; el pueblo medio salvaje de aquellas campiñas habia acudido presuroso, y los testigos de aquella gran escena, como poco versados en los secretos de la política, al ver que sus soberanos se abrazaban, creyeron que ya estaba hecha la paz, y no tendrian que verter su sangre en adelante.

Después de aquel primer testimonio de cariñosa urbanidad, Alejandro y Napoleon se trasladaron al pabellon dispuesto para recibirlos (1), y

(1) Es muy difícil saber con exactitud lo que sucedió en las largas conferencias que Napoleon y Alejandro tuvieron en Tilsit, porque por toda la Europa han corrido datos desfigurados acerca de esto, y no solo se han supuesto conversaciones quiméricas, sino que se ha publicado con el nombre de artículos secretos de Tilsit, una porcion de tratados que son absolutamente falsos. Sobre todo los ingleses, para justificar la conducta que ulteriormente observaron con respecto á Dinamarca, han dado á luz muchos artículos secretos de Tilsit, ideados unos por los que se ocupan en recoger tratados, y enviados otros en aquel tiempo al gabinete de Londres, por espías diplomáticos que lo

lo primero que se preguntaron el uno al otro fué, por qué se hacian la guerra. Efectivamente,

que es en aquella ocasion, ganaron muy mal el dinero que se les prodigaba. Gracias á documentos auténticos y oficiales que yo he podido consultar, voy á dar por primera vez las verdaderas estipulaciones de Tilsit, tanto publicas como secretas, y sobre todo á dar á conocer tambien en sustancia lo que hablaron Napoleon y Alejandro, para lo cual voy á valerme de un documento muy curioso, que probablemente estará condenado por mucho tiempo á permanecer en las sombras del secreto, pero del que puedo, sin que se me tenga por indiscreto, sacar todo lo relativo á Tilsit. Aludo á una correspondencia que sostuvieron MM. Savary y Caulaincourt con Napoleon, y á la de Napoleon con ellos, pues el general Savary permaneció algunos meses en San Petersburgo como enviado extraordinario, y Mr. de Caulaincourt residió en dicha capital varios años en clase de embajador. Lo adicto que el uno era á Napoleon, y lo veráz que era el otro, no permiten dudar del afán que mostraron por dar á conocer al mismo emperador toda la verdad, debiendo decir que el tono de sinceridad con que está escrita esta correspondencia honra á los dos. Temiendo no fuesen á sustituir su propio juicio al de Napoleon, y queriendo que éste pudiera juzgar por sí mismo, contrajeron la costumbre de agregar á sus despachos una especie de proceso verbal por preguntas y respuestas, que contenia las conversaciones que tuvieron con Alejandro en el seno de la intimidad. Tanto uno como otro le veían todos los dias personalmente, tratándole con la mayor familiaridad, y refiriendo lo que decia palabra por palabra, han hecho sin sospecharlo siquiera, el retrato mas interesante y verídico seguramente. Muchos, y especialmente rusos, para disculpar á Alejandro por la intimidad que tenia con Napoleon, comparan esta intimidad con la política, y haciéndole mas profundo de lo que era, dicen que engañaba á Napoleon, pero esta disculpa singular no la hubieran intentado siquiera si hubiesen leído la correspondencia de que se trata. Alejandro era disimulado pero dado á impresiones, y en aquellas conferencias se le vé á cada momento abandonar su disimulo, y decir cuanto piensa. Es verdad que estavo ligado

Napoleon perseguia únicamente á Rusia porque era aliada de Inglaterra, y Rusia por su parte aunque justamente alarmada con la dominacion

algun tiempo, no á la persona de Napoleon, pues siempre lo causó cierto temor, sino á su política, cuya causa sirvió con actividad; pero tambien lo es que concibió una ambicion muy natural, que Napoleon dejó naciese en él, halagándola por algun tiempo y acabando por defraudarla. Entonces fué cuando Alejandro se separó de Francia, pero se separó sin confesarlo, lo cual constituyó por un momento la hipocresia con que le honran los rusos, aunque casi no lo era, siendo sumamente fácil conocer en su lenguaje ó involuntarios impulsos la variacion de sus disposiciones. Si dijera aqui en que consistió la ambicion de Alejandro, ambicion que Napoleon halagó y que acabó por no satisfacer, referiria con anticipacion, hechos que pertenecen á tiempos ulteriores, por lo cual me limito á decir en este momento como ha podido servirme para aclarar los misterios de Tilsit, la larga serie de conferencias que Alejandro tuvo con Savary y Caulaincourt. Hé aqui como lo he conseguido: acordándose Alejandro de lo sucedido en Tilsit, recordaba sin cesar á Savary y Caulaincourt cuanto se hizo y dijo en aquella célebre entrevista, y contaba con frecuencia las conversaciones de Napoleon, los dichos unas veces profundos y otras picantes que oyó de su boca, y sobre todo las promesas que decia haberle hecho. Copiado todo esto fielmente el mismo dia, se mandaba á Napoleon, quien algunas veces negaba, pero otras admitia visiblemente, como si no pudiera negarlo, lo que se le recordaba; y de la reproduccion contradictoria de estos recuerdos, es de donde yo he sacado los pormenores que voy á suministrar, y cuya autenticidad no puede ponerse en duda. Además, por conducto estrangero, tambien auténtico y oficial, he conseguido se me enseñen unos despachos muy curiosos en que se contiene lo que la reina de Prusia dijo por via de desahogo, cuando regresó de Tilsit, á un antiguo diplomático digno de su confianza y amistad. Con el auxilio, pues, de estos diversos materiales, he trazado la pintura que vá á leerse, y que creo es la única verdadera, entre todas cuantas se han hecho de las escenas memorables que pasaron en Tilsit.

que Francia ejercia en el continente, servia los intereses de Inglaterra mucho mas que los suyos propios, encarnizándose en aquella lucha hasta el punto que acababa de hacerlo. Así es que Alejandro dijo á Napoleon:—Si vos quereis mal á Inglaterra, y nada mas que á ella, fácilmente nos pondremos de acuerdo, porque tambien tengo yo que quejarme de ella.—Y en seguida contó los motivos de queja que tenia contra la Gran Bretaña, la avaricia y egoismo de que habia dado pruebas, las promesas falsas que le habia hecho, el abandono en que le habia dejado, y en fin cuanto le inspiraba el resentimiento de una guerra desgraciada, que habia tenido que sostener con fuerzas suyas únicamente. Tratando Napoleon de conocer cuales eran los sentimientos que debia hallar en el soberano que le hablaba, no tardó en advertir que se hallaba dominado por dos: en primer lugar por un profundo mal humor contra aliados, ó gravosos como Prusia, ó egoistas como Inglaterra; y en segundo un orgullo muy excesivo, y humillado á la sazón. En consecuencia, se dedicó á probar al jóven Alejandro, que sus aliados le habian engañado, y ademas que se habia portado con nobleza y valor, esforzándose en querer persuadirle que Rusia se equivocaba en patrocinar la causa de unos vecinos tan ingratos y envidiosos como los alemanes, y servir los intereses de unos mercaderes tan codiciosos como los ingleses. Atribuyó este error á sentimientos generosos llevados hasta el exceso, así como á una mala inteligencia á que habian dado lugar ministros ineptos ó corrompidos, y en fin elogió de un modo singular la valentia de los soldados rusos, diciendo

al emperador Alejandro que si se reuniesen los dos ejércitos que habian luchado con tanto valor uno contra otro en Austerlitz, Eylau y Friedland, portándose ambos como unos gigantes, aunque peleaban con una venda en los ojos, podian hacerse dueños del mundo, en bien y por la tranquilidad de este. Luego le insinuó con suma discrecion que con hacer la guerra á Francia no podia conseguir ninguna ventaja; de suerte que consumia sus fuerzas en valde, al paso que si se unia con ella para dominar en Occidente y Oriente, alcanzaria tanta gloria, y mas provecho seguramente. Sin esplicarse mas acerca de esto, parecia que se encargaba de hacer la fortuna de su jóven antagonista, mucho mejor que los que le habian comprometido á que siguiese un camino en que hasta entonces solo habia encontrado derrotas. Es verdad que Alejandro habia contraido obligaciones con respecto á Prusia, y era preciso que su honor quedase á salvo en aquella situacion, pero tambien le dió á entender Napoleon que le restituiria la parte de estados prusianos que fuese necesaria para que pudiera salir con honra de sus compromisos, despues de lo cual quedaba el gabinete ruso en libertad de seguir una política nueva, que era la única verdadera, provechosa y parecida en todo á la que siguió la gran Catalina.

Aquella conferencia, que duró mas de una hora, y en que se tocaron todas las cuestiones sin profundizarlas, conmovió vivamente á Alejandro, á quien Napoleon acababa de abrir una nueva perspectiva, lo cual agrada siempre á un alma inconstante y sobre todo descontentadiza. Por otra parte, conociendo Alejandro en medio de sus der-

rotas, los inconvenientes que traía la guerra encarnizada que le habían inducido á hacer contra Francia, y las ventajas que podría producir un sistema de union con ella, se había dicho mas de una vez á sí mismo parte de lo que Napoleon acababa de decirle, pero no con esa claridad, esa fuerza, y sobre todo esa seducción propias de un vencedor que se presenta al vencido, con las manos llenas de regalos, y la boca de palabras cariñosas. Alejandro se dejó pues seducir, y conociéndolo Napoleon, se propuso hacer que su seducción fuese completa.

Después de haberle adulado como monarca, quiso adularle como hombre, á cuyo efecto le dijo—Mejor nos entenderemos vos y yo tratando directamente, que valiéndonos de nuestros ministros, quienes muchas veces nos engañan ó no nos comprenden: estoy seguro de que mas adelantaremos nosotros en una hora, que nuestros plenipotenciarios en muchos dias, y así creo que entre nosotros no debe haber ninguna persona intermedia.—No se podía adular á Alejandro de mejor modo que atribuyéndole sobre los que le rodeaban, una superioridad semejante á la que Napoleon tenia derecho á atribuirse sobre todos cuantos les servían; pero además le propuso dejase la aldea en que estaba alojado, y se estableciese en Tilsit, cuya poblacion se neutralizaría para recibirle, y donde podrían tratar personalmente de sus asuntos á cualquiera hora. Esta proposicion fué aceptada al momento, conviniéndose por lo tanto en que aquel mismo dia se trasladaría á Tilsit Mr. de Labanoff para arreglar los pormenores. Faltaba, sin embargo, hablar

del desventurado rey de Prusia, quien se hallaba en el cuartel general de Alejandro, esperando lo que seria de él y de su reino; y Alejandro se ofreció á llevarle á la balsa echada en el rio Niemen, para presentarle á Napoleon, con el fin de que le dirigiese algunas palabras que le tranquilizasen. Efectivamente, antes de pasar de un sistema político á otro, era necesario que Alejandro salvase alguna cosa de la corona de su aliado, si es que no queria deshonorarse, y como Napoleon ya había tomado un partido acerca de esto, como conocia muy bien que era preciso hacer ciertas concesiones para poner á cubierto el honor de Alejandro, consintió en recibir al rey de Prusia á la mañana siguiente. Los dos soberanos salieron entonces del pabellon, y pasando de cosas serias á otras de pura urbanidad, cumplieron á los que les acompañaban, tratando Napoleon de un modo lisongero al gran duque Constantino y al general Benningsen, y diciendo Alejandro á Murat y á Berthier que eran unos lugartenientes dignos del capitán mas grande de los tiempos modernos. En seguida se separaron los dos emperadores, dándose nuevas muestras de amistad, y se embarcaron á la vista de los numerosos espectadores reunidos en las orillas de Niemen, los cuales les aplaudieron como antes.

Aquella tarde fué al cuartel general francés el príncipe Labanoff, para arreglar todo lo concerniente á la instalacion del emperador Alejandro en Tilsit, y se convino en que dicha ciudad seria neutral, que el emperador Alejandro ocuparía la mitad, y el emperador Napoleon la otra, que la guardia imperial rusa pasaría á la orilla

izquierda para hacer el servicio al lado de su soberano, y que aquel cambio de residencia se verificaría al día siguiente, despues que el rey de Prusia fuese presentado á Napoleón.

Con efecto, el 26 de junio por la mañana, los dos emperadores se trasladaron como la víspera al Niemen, observando la misma etiqueta, y entraron en el pabellon en que tuvieron su primera entrevista. Alejandro llevaba consigo al rey de Prusia, príncipe que no debía á la naturaleza ninguna gracia, y á quien no debían dársela los infortunios y pesares: era un hombre honrado, sensato, modesto y algo mas que sencillo en sus modales; pero no se humilló delante del vencedor, en cuya presencia se mostró triste, lleno de dignidad y entonado. La conversacion no podía ser muy larga, pues vencido por Napoleón, y protegido por Alejandro, si estaban dispuestos al parecer á devolverle parte de sus estados, lo cual era probable aunque no cierto segun la conferencia de la víspera, Napoleón concedía aquella restitucion por pura política hácia Alejandro; pero nada se hacía por él, nada se esperaba de él, y de consiguiente no tenían esplicaciones que darle. La entrevista, debía pues, ser corta, y efectivamente lo fué; pero sin embargo, el rey de Prusia dió al parecer mucha importancia á probar que no habia obrado mal respecto á Napoleón, y que despues de ser aliado de Francia durante mucho tiempo, se habia convertido en enemigo suyo, esto se debía á las circunstancias, y no á una falta de buena fé de que pudiera avergonzarse un hombre honrado. Napoleón afirmó por su parte que nada tenia que echarse en

cara, y como era sobrado generoso, y tenia demasiado talento para ir á ofender á un príncipe humillado, se limitó á decirle que el gabinete de Berlin, aunque muchas veces se le habia advertido desconfiase de las intrigas de Inglaterra, habia cometido el disparate de no escuchar aquel consejo amistoso, por lo cual era preciso atribuir á esta causa únicamente las desgracias de Prusia. Por lo demas, añadió que la Francia victoriosa no queria sacar de sus triunfos hasta la última consecuencia, y que dentro de pocos días, probablemente serian unos y otros tan afortunados que se avendrian acerca de las condiciones de una paz tan honrosa como sólida.

Los tres soberanos se separaron despues de tener una entrevista que apenas duró media hora, y se decidió que tambien el rey de Prusia iría, aunque mas tarde, á situarse en Tilsit, al lado del emperador de Rusia.

1. Aquel mismo día á las cinco de la tarde, pasó Alejandro el Niemen, y Napoleón salió á su encuentro hasta la orilla del rio, conduciéndole al alojamiento que le habia preparado, y convidándole á comer, no sin que durante la comida le tratara con la mayor distincion y suma delicadeza. Desde aquel día quedó establecido, que el emperador Alejandro comeria con Napoleón, porque él no llevaba consigo su servidumbre, y pasaron juntos las primeras horas de la noche, hablando mucho tiempo confidencialmente, y dándose el uno al otro muestras de una familiaridad tan noble como afable.

El 27 por la mañana montaron á caballo para pasar revista á la guardia imperial francesa, y

aquellos antiguos soldados de la revolucion, la república y el imperio, que siempre habian servido á Francia con heroismo, se presentaron orgullosos delante del soberano á quien habian vencido. Es verdad que no tenian que ostentar en su presencia la elevada estatura y la marcha regular y acompasada de los soldados del Norte; pero desplegaron la facilidad en los movimientos, la firme aptitud y la inteligencia en las miradas, que esplicaban sus victorias, y la superioridad que tenian sobre todos los ejércitos de Europa. Alejandro les felicitó y mucho, y ellos contestaron á sus palabras gritando repetidas veces, ¡viva Alejandro! viva Napoleon!

Habia cuarenta y ocho horas que los dos emperadores se habian abocado, y ya se trataban con tanta confianza que podian esplicarse francamente; por lo cual Napoleon desarrolló á la vista de Alejandro los designios á que queria asociarle, designios que acababan de sugerirle circunstancias muy recientes.

Estraordinaria era la situacion en que Napoleon se encontraba en aquel momento, pues haciendo resaltar la grandeza de su genio, y la prodigiosa altura á que habia llegado su fortuna, dejaba ver al mismo tiempo la parte flaca de su política, política tan escesiva y variable como las pasiones que la inspiraban.

Muchas veces hemos hablado de las alianzas que en aquella época convenian á Francia, diciendo que á no ser que se realizase el fenómeno espantoso, pero imposible afortunadamente, de la monarquía universal, era preciso que Napoleon contara en Europa con otra cosa que no fuese

enemigos conjurados contra él públicamente ó en secreto, y que debia esforzarse en tener un amigo, uno á lo menos. Tambien hemos dicho que España, nuestra aliada mas antigua y natural, se hallaba completamente desorganizada, estando destinada mientras no se regenerase del todo, á servir de carga á los que se uniesen á ella; que Italia estaba por crear; que Inglaterra, alarmada entonces con la posesion de las Indias, y al vernos en Texel, Amberes, Brest, Cádiz, Tolon, Génova, Nápoles, Venecia, Trieste y Corfú, ora como propietarios, ora como dominadores, no podia reconciliarse con nosotros; que Austria se mantendria implacable mientras no se le devolviese la Italia ó se le hiciese olvidar con otra cosa; que Rusia nos miraba con ojos de envidia en el continente lo mismo que Inglaterra en el Océano; y por último que Prusia, rival natural de Austria, vecina á quien amenazaba Rusia, potencia protestante, aficionada á novedades, y enriquecida con bienes eclesiásticos, era la única cuyos intereses políticos y principios morales, no eran absolutamente incompatibles con los nuestros, siendo de consiguiente la que debiamos buscar como un amigo fuerte y sincero que nos ayudase, ya que no á impossibilitar del todo las coaliciones, á hacer á lo menos que fuesen incompletas. Empero ya hemos visto que colocada Prusia entre los dos partidos que entonces traian dividido al mundo, incierta y sin saber qué hacer, cometió el error de ser débil mientras Napoleon abusaba de su fuerza, que esto dió lugar á un rompimiento deplorable, que á Napoleon le cabia la inmensa gloria militar, al propio tiempo que la inmensa desgracia política.

ca de haber destruido en quince dias una monarquía, que era la única con quien podíamos contar para contraer una alianza en Europa, y por último que habiendo querido los rusos ir á socorrer á los prusianos en Polonia, como fueron á socorrer á los austriacos en Gallitcia, los habia derrotado completamente en Friedland ni mas ni menos que en Austerlitz.

Vencedor de todo el continente, y viéndose rodeado de potencias á quienes habia ido derrotando sucesivamente, esto es, á una de ellas en Austerlitz hacia diez y ocho meses, á otra en Jena ahora ocho meses, y á la tercera en Friedland hacia solo diez dias, Napoleon era dueño de escoger, no entre amigos sinceros, sino entre otros que se apresuraban á rendirle obsequios y á mostrarse sumisos. Si las cosas se encadenaron de modo que aun no habia llegado para él el momento de ensayar la alianza rusa, podia en aquel instante conjurar en cierto modo el destino, y entrar de pronto en el camino de una politica sana, para no volver á salir de él, con lo cual hubiera adquirido con menos poderío aparente, mas omnipotencia real y efectiva, y tal vez una duracion eterna, si no por lo que respecta á su dinastía, tocante á lo menos á la grandeza de Francia, que para él valia tanto como su misma dinastía. Para ello era preciso portarse como un vencedor generoso, y por medio de una accion imprevista, pero en manera alguna estraña, sacar á Prusia de su abatimiento, darle mas fuerza y estension que nunca, y decirle:—Has hecho mal en no haber sido franco conmigo, y por esto te he castigado; olvidemos tú tu derrota, y yo mi victoria: ahora te engrandezco

en vez de debilitarte mas y mas, para que seas siempre aliada mia.—Federico Guillermo, que odiaba la guerra, que todos los dias estaba acusándose á si mismo de haberse dejado arrastrar á ella, y que mas tarde, esto es, en 1813, cuando medio vencido Napoleon, presentaba una presa fácil de devorar, vacilaba aun en aprovecharse del cambio de la fortuna, y no volvió á tomar las armas hasta que vió que su pueblo las tomaba á pesar suyo; ese rey, decimos, obligado á ser agradecido, si se le hubiera colmado de beneficios, despues de las batallas de Jena y Friedland, nunca hubiera formado parte de una coalicion, y como entonces solo habria tenido Napoleon que pelear contra Austria y Rusia, no hubiera sucumbido. Si Napoleon deseaba obtener una corona en Alemania para uno de sus hermanos deseo tan importuno como imprudente, ahí tenia la Hesse, que Prusia le hubiera abandonado con mucho gusto; además de que tenia como en suspenso la suerte del Hannover, estando dispuesto á darlo á Inglaterra en cambio de la paz, ó á Prusia en recompensa de una alianza íntima. En cuanto al emperador Alejandro como nada tenia que pedirle ni darle, no podia ni debia quejarse de que el vencedor reconstituyese á Prusia al dia siguiente de haber derrotado á los prusianos y rusos. Es decir, que le hubiera obligado á admirar al vencedor y á firmar la paz sin decir una palabra, sin volver á hablar ni de Italia, ni de Holanda, ni de Alemania, lo cual solia ser en aquella época un pretexto para que Francia y Rusia anduviesen en contestaciones.

Esto que venimos diciendo era sin duda una



utopia, y no de generosidad, porque Napoleón era muy capaz de abrigar esa generosidad imprevisible y deslumbradora, que brota algunas veces de un corazón grande y deseoso de adquirir gloria, sino una utopia con relación á las combinaciones del momento. Efectivamente, arrastrado Napoleón entonces por el curso de las cosas que se lleva por delante á los hombres mas poderosos, lo habia resuelto de otro modo, porque en materia de alianzas, aunque todavia se hallaba á la mitad de su reinado, ya las habia experimentado todas. Apenas fué nombrado cónsul, en la época en que sus pensamientos eran buenos, prudentes y profundos, porque eran los primeros que le inspiraba la vista de las cosas, mucho antes que la corrupción que engendra el ejercer el mando durante largo tiempo se hubiese apoderado de él, pensó en Prusia, y la convirtió en aliada suya. Hubo un instante, en tiempo de Pablo I, en que como un expediente cualquiera, se le ocurrió rennirse á Rusia: hubo tambien un momento en que durante la paz de Amiens, se le antojó unirse á Inglaterra, seducido por la ventaja de unir el poderío marítimo al terrestre; pero siempre fué de un modo pasajero, y desde entonces Prusia no cesó de ser no solo su confidente, sino su cómplice en todos los negocios de Europa. Indispuesto despues con Prusia hasta el extremo de declararle la guerra, y conociendo lo aislado que estaba, bizo á Austria proposiciones medio encubiertas que redundarian en honra de su penetracion, si la necesidad que sentia de tener un aliado, aun en medio de sus victorias, no le disculpase de haberle ido á buscar con tanta inseguridad. Enterado bien pronto de

los pérfidos armamentos de Austria, y embriagado de orgullo con la batalla de Jena, creyó que á nadie necesitaba; pero trasladado á Polonia, y sorprendido despues del combate de Eylau al ver los obstáculos que la naturaleza puede oponer al heroísmo y el genio, volvió á pensar en la alianza con Prusia. Ofendido con las respuestas de esta potencia, respuestas menos diligentes de lo que esperaba, victorioso como nunca en Friedland, y en fin, deseando poner término á una guerra lejana, por necesidad tenia, girando como giraba en un círculo de pensamientos, que poner las mientes en el que no se le habia ocurrido aun, y entonces favorecian tantas y tantas circunstancias, esto es, en el de una alianza con Rusia. Separado definitivamente de Prusia, cuya nacion no habia sabido aprovechar un instante para volver en sí, irritado en gran manera por la conducta artificiosa de Austria, viendo que Rusia estaba disgustada de unos aliados que la habian apoyado tan mal, creyendo que en el gabinete ruso habria mas sinceridad que en el prusiano, por lo mismo que era menos ambigua su posición, y seducido en fin por la novedad que siempre engaña hasta cierto punto, aun á los hombres de mas firme talento, á Napoleón se le ocurrió convertir á Alejandro en aliado y amigo suyo, deslumbrando su imaginacion, llenando su cabeza de ideas ambiciosas, y ofreciendo á su aturdida vista prestigios que era fácil crear y mantener durante algun tiempo, pero no eternizar, á menos que no se renovasen por medio de peligrosas satisfacciones. Como era natural, el Oriente era un recurso para proporcionar al jóven Alejandro esa clase de satisfacciones, muy fáciles

de imaginar aunque mucho menos de realizar, pero que fué á facilitar de pronto una circunstancia casual y reciente: tan cierto es, que cuando ha llegado el momento de que se verifique una cosa, no parece sino que todo lo favorece, hasta los sucesos mas imprevistos.

Napoleon habia comprometido á los turcos en su reyerta, escitándolos á que disputasen las provincias del Danubio á los conquistadores de la Crimea, y el Egipto á los poseedores de la India, para lo cual les prometió los socorreria por tierra contra los rusos y por mar contra los ingleses, empezando por ayudarles á defender los Dardanelos por medio de sus oficiales. Por último, se obligó á no firmar la paz, si no redundaba tambien en ventaja del imperio otomano; pero el infortunado Selim, á quien odiaban los ulemas porque queria reducir sus facultades, y los genizaros porque queria someterlos á la disciplina europea, espí con una caida espantosa sus prudentes designios. Hacia mucho tiempo que los ulemas le miraban con suma desconfianza, y los genizaros veian con una especie de furor las nuevas tropas conocidas con el nombre del *nizam-djedid*, esperando unos y otros una ocasion en que poder satisfacer sus resentimientos. El sultan exigió que los genizaros que guarnecian los castillos del Bósforo y los Dardanelos se vistiesen con el *nizam-djedid*, y esto dió lugar á que se rebelasen, propagándose la insurreccion rápidamente á las compañías de genizaros que habia tanto en Constantinopla, como en las poblaciones inmediatas á la capital. Acudieron en seguida á Constantinopla, amotináronse en la plaza

del At-Meidan, (el hipódromo antiguo), y velvieron boca abajo las marmitas, signo de rebelion por lo regular, que indica no quieren recibir el alimento de manos de un amo á quien aborrecen. Los ulemas se reunieron por su parte, y declararon que un principe que habia reinado por espacio de siete años sin tener posteridad, y bajo cuyo imperio se habia interrumpido la peregrinacion á la Meca, era indigno de reinar. Los genizaros continuaron reunidos durante varios dias, pidiendo, consiguiendo y tomando algunas veces sin que se las entregasen, las cabezas de los ministros de la Puerta, á quienes se acusaba de favorecedores del nuevo sistema, y viendo al fin el mufti que los rebeldes se obstinaban, proclamó la caida de Selim, y el advenimiento al trono de Mustafá. El infortunado Selim, encerrado en un aposento del serrallo, podia esperar en verdad que le socorriese su ejército mandado por el gran visir Baraictar, que era un súbdito leal; pero aquel socorro ofrecia graves peligros, pues era de temer que si el gran visir se presentaba á la cabeza de soldados fieles, seria asesinado el sultan destronado, antes de que pudiera favorecerle. Esto fué lo que supo Napoleon el 24 de junio en su cuartel general de Tilsit, y segun todas las probabilidades, el nuevo gobierno turco iba á ser enemigo de Francia, justamente porque el que acababan de derribar habia sido amigo suyo. Por otra parte, era indudable que la anarquía que minaba á aquel infortunado imperio, lo colocaba así como á España, en el número de esos aliados, de quienes es preciso esperar mas inconvenientes que servicios, sobre todo cuando situa-